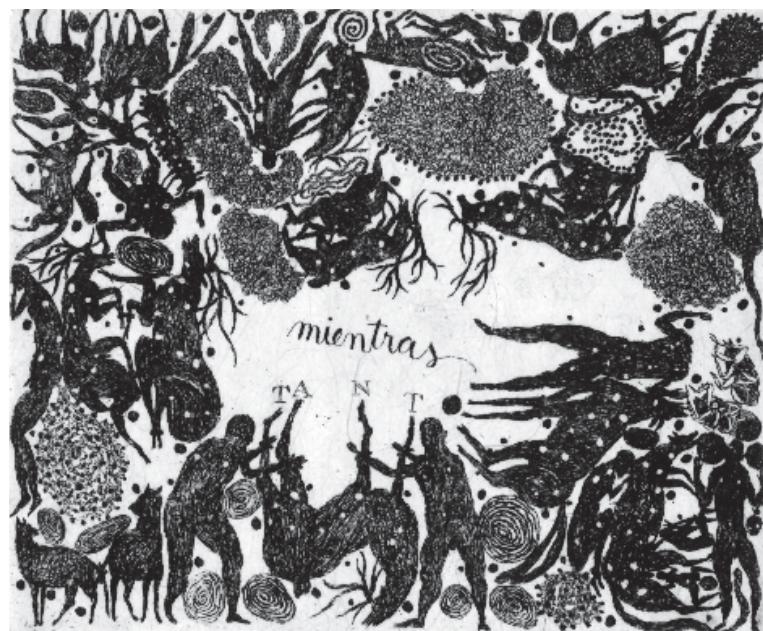
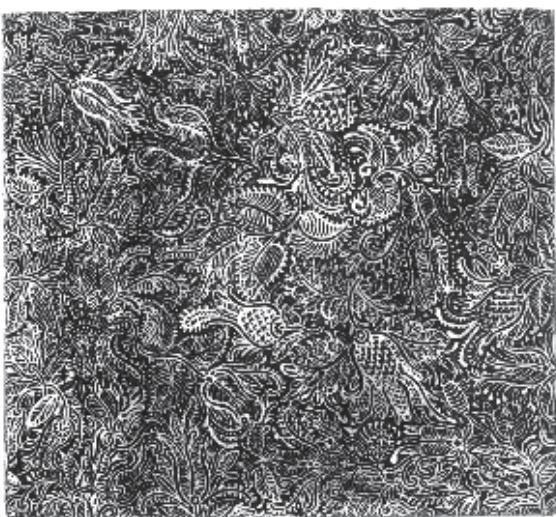


LAS ILUSTRACIONES

JOSÉ ANTONIO SUÁREZ LONDOÑO

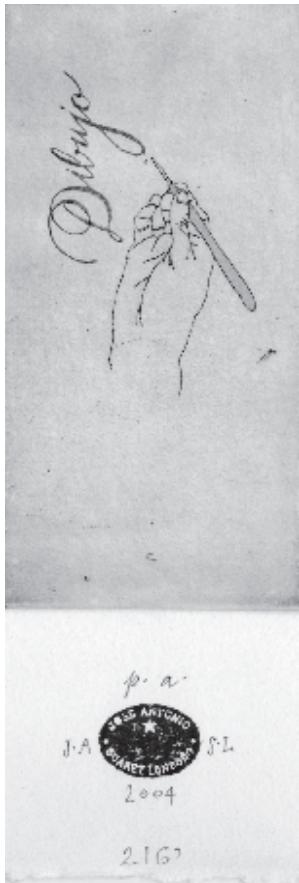




Las miniaturas de José Antonio Suárez. El *déjà vu* de la imaginación

DARÍO VILLEGAS OSSA*

Universidad Jorge Tadeo Lozano. Bogotá, Colombia.



Visitar los dibujos de José Antonio Suárez es entrar a una galería, tan abundante como variada, de figuras que provocan una fuerte sensación de familiaridad. Hemos visto algo similar en alguna parte; acaso en los libros de cuentos, las cartillas, los cuadernos de los niños, las encyclopedias o los diccionarios. Su obra evoca, a partir de papeles amarillentos, páginas y alusiones que parecen caprichosas, cierto tiempo originario propio de la imaginación. El "érase una vez" de las historias. Como si aquellos dibujos estuvieran calcados sobre el molde de un recuerdo común, que habitualmente pasa desapercibido.

Una mirada general sobre ellos, arroja la sospecha de que asistimos a un porfiado inventario de los seres existentes. Cualquier objeto le sirve de pretexto: el árbol, el perro, el señor, una hoja seca, pero también el círculo, la espiral, las manchas de colores o la escritura.

Elementos visuales pertenecientes a diferentes códigos se agrupan, sobre pequeños formatos, sin que parezcan fuera de lugar; por el contrario, invitan a ser mirados, leídos y descifrados. Imponen una mínima distancia al espectador: el detalle de una estampilla, la intimidad de una carta o de un secreto.

Se revela entonces el paciente artesano, el creador de imágenes y el ironista bajo la superficie. Sus apuntes, escritos con letra diminuta al lado de las figuras, no las explican; sólo construyen cierto espacio discursivo donde la imagen y la palabra coexisten. Los lee y parecen burlas deliberadas a la intención de encontrar algún sentido suplementario de la obra. Se trata, casi siempre, de acontecimientos, ocurrencias, fragmentos desconectados, frases escuchadas mientras dibuja, estímulos que se almacenan uno al lado del otro, convertidos en materia visual.

José Antonio Suárez es lo más cercano que pueda encontrarse hoy a un copista de miniaturas medieval, que en vidas sucesivas hubiera sido ilustrador de barajas, tratados de alquimia, pinturas rupestres, tatuajes y taxonomías de toda especie. Ha visto

* e-mail: dariovillegas101@hotmail.com

muchas cosas, por lo tanto es un alma muy antigua. Estas múltiples vidas explicarían su eclecticismo visual.

En sus dibujos pueden reconocerse, si se quiere, varios estilos: por lo menos dos modos de realismo, uno de los cuales es el de los retratos; un abstracto geométrico, uno simbolista y otro más primitivo, fusión de mezclas raras.

A propósito del estilo, me hizo personalmente éste comentario alguna vez: “¿Te imaginas un día amanecer siendo Botero y pensar, hoy tengo que pintar otra gorda?”.

Así pues, para él, su estilo consiste en no esforzarse por tener un estilo o continuar con alguno. Lo elude y lo encuentra como fatalidad. Como quien se mira en un espejo; o al modo de alguien que conoce amplias provincias de sí mismo en las que se hablan otras lenguas; o como el que encuentra a su Mr. Hyde, su lobo estepario, su doble, su triple, su Pessoa; su deseo ramificado en rizomas dando voz a la aparición de un nuevo yo para cada instante.

Juega, con esta suerte de despersonalización, a explorar la amplitud de rango de aquello colectivo que ha apropiado para sí de la imaginación visual, y que le pertenece del mismo modo que nos pertenece el lenguaje; no como cosa pasiva, sino como contenedor de la virtualidad de sus discursos sobre el tiempo, la cultura, el pensamiento, las personas. En suma, como cosa viva, histórica, capaz de expresarnos y de representarnos.

Al estilo opone Suárez la extensión de su memoria visual, su amplitud discursiva; su inventario disponible, no ya de formas sino de modos de mirar. A la preocupación por tener algo que decir, o la necesidad de justificar la creación en alguna ética o mensaje, tan propia de un arte vinculado a los megarrelatos políticos y religiosos, opone un arte de la presencia. Su obra no hace causa de nada, su obra respira.

Esta apelación al ser, la conservación de un centro de silencio en medio de su puesta en escena de figuras ¿es una fuga de compromisos o el encuentro del hogar?

Recoge, en todo caso, lo esencial de lo humano que no es el discurso (visual) en tanto vehículo de una ideología, sino la misma facultad de ser discursivos; la intención de representar un universo posible. La riqueza dialéctica que arroja matices individuales sobre cada manera de presentar la misma cosa, que consideramos lo característico de la creación o de lo poético, y cuya singularidad expresiva es el rasgo de la especie. (Todos nos reconocemos en Da Vinci.)

Además de los avatares sin fin de la imagen, a Suárez le interesa particularmente el modo de articulación, la gramática de los relatos visuales: de ahí los recortes, añadidos, ventanas, dípticos, trípticos y otros formatos compuestos que utiliza en sus obras; sabe

que una chispa poética enciende el primer encuentro de dos imágenes y que además tal es la lengua de los enigmas del sueño.

Su estética no procede de una vanguardia ni de una retaguardia; tampoco produce gestos de ruptura, ni crea signos nuevos; se ampara en lo que le convenga. Uno de sus recursos preferidos es la alusión, la cita visual; con ella da continuidad a un diálogo entre formas que convergen desde múltiples vertientes sobre el presente de la imaginación, e instala la universalidad de su puesta en escena como propuesta estética.

Dicho de otro modo, José Antonio Suárez no juega tanto con nuestros recuerdos como con nuestra capacidad de recordar; y no nos ofrece un mensaje tanto como la gramática que permite la construcción de los relatos. Nos enseña que los ingredientes de la significación o del sentido pueden estar contenidos en los objetos más sencillos; que lo que construye una trascendencia es la atención con que se mira.

